

EL PENSAMIENTO COMO DESTINO

Luis Eduardo Hoyos Jaramillo *
Para A.B.

“La filosofía es en realidad nostalgia, afán de encontrarse en todas partes como en casa.”

Novalis

RESUMEN

El presente texto no ha sido pensado como un estudio sino como un discurso —discurso inaugural para el segundo semestre académico de 1985 en nuestra Facultad—, y tiene por tanto las características de algo redactado con la intención de ser “dicho” para un público filosófico muy vasto. Su objetivo principal y originario no es otro que el de suscitar la reflexión en torno a la condición vital de un ser autoconsciente en nuestro lugar geográfico y nuestra época.

Es un lugar común para nosotros contar a la filosofía dentro de aquellos oficios de la cultura en los que se teje en ambientes de rara soledad. Tan cierta es esta imagen generalizada del filósofo y del filosofar como lo son la mayoría de las apreciaciones comunes de la humanidad. Estas, no obstante, se han quedado, siempre que son atinadas, con un aspecto unilateral de la verdad: con el de su atuendo más visible, es decir, con el que más se adecúa a aquello que se quiere ver.

(*) Universidad Javeriana.

Solitarios, ciertamente, han sido muchos grandes hacedores, desde el fundamento, del asunto de la filosofía; y solitarios y diferentes han aparecido a sus contemporáneos. Pero tan igualmente verdadero a esto, como olvidado por el uso común de la imaginación, es el hecho de que la filosofía es, esencialmente, amor. Y amor es, por lo menos en lo que a primera vista se presenta, lo contrario de soledad. Comprender en un mismo esquema dos nociones que se manifiestan como contrarias es algo que escapa a toda común observación y sofoca su habla.

Y es que, en verdad, comprender la filosofía como amor es algo que se va de las manos a toda imaginación. Esto forma parte de su propia tarea comprensiva y exige estar ya de algún modo comprometido con su destino lógico y reflexionante.

Solemos pensar que porque la filosofía es amor a algo, al saber, el concepto de amor se halla subordinado a este último y olvidamos en nuestra diaria ejercitación de la reflexión que, aun siendo efectivamente existente tal subordinación, no se debe entender este amor como apenas secundario, pues tan esencial es aquello que se ama como el hecho de amarlo.

Y no es secundario nuestro amor en relación con su objeto porque se trata de un amor en el que ya estamos, antes incluso de que se haga presente su objeto. Pero esto, a la larga, no es más que lo propio de todo amor: el hecho de estar todos inmediatamente en él, impulsados inconteniblemente por él sin importar en qué momento se tranquiliza su necesidad de satisfacción. O quizás sabiendo secretamente que su plenificación no es nunca del todo cercana.

Se dice con frecuencia que es más fácil vivir sin filosofía, que el acomodo a un mundo ya constituido se convierte sin ella en una elemental actividad de adaptación. Por eso saber de su existencia, presentir el sentido que la anima, es tener contacto con una forma de vivir en cierta medida difícil, ya que se debate sin interrupción entre la más reconocida diferencia respecto de su mundo y la más urgente identidad con él.

Hay en todo este aserto un inmenso contenido de verdad. El mismo, o casi el mismo que ronda la idea de que quien ha atisbado la esencia del amor no puede ya vivir sin él. Ahora bien, no poder vivir sin él no significa lo mismo que vivir plenamente con él. No poder vivir sin él significa comprender la existencia como una constante situación de acecho, descontenta de la posesión y del goce lisonjero, en la que la mirada escruta sin descanso guiada siempre por el proyecto de hallar en algún lugar esa identificación que se asemeja al andar parsimonioso dentro de nuestra propia casa.

Pretender la identificación total es vano. Creer que ésta hace más parsimonioso el andar liquida su propia, y siempre propia, parsimonia. Pensar que

una identificación cualquiera con carácter definitivo es irrealizable es propio de la condición humana, y lo es más, por desgracia, cuanto más autoconscientes se tornan sus proyectos vitales. En esto son iguales el amante y el filósofo.

He dicho que, al formar la palabra "amor" parte del concepto filosofía, se hace tan importante como el objeto al que se dirige, esto es, que no hay filosofía sin amor. Pero es tan definitivo este formar parte que es más que un mero formar parte: la filosofía es amor, amor al conocimiento y amor al hombre, amor a la cultura, pero ante todo amor. Y amor indica ausencia del objeto amado. Tal indicación no quiere decir que el hombre, o la cultura, o el conocimiento no estén allí, sino que nunca están de esa forma plenamente acabada que una inveterada manía idealista nos ha forzado a buscar. Pero (puesto que el idealismo sabe ser consciente de sí mismo) sólo a buscar, siempre a buscar, como si comprendiera que el camino es más importante que el destino, o mejor, que el destino es el camino.

Se cuenta que Diógenes el cínico acostumbraba salir a la plaza pública con una lámpara encendida en pleno mediodía para exclamar: "Busco a un hombre". La luz del sol, la lámpara encendida, la plaza llena de hombres. ¿A qué buscar tanto? ¿Por qué no prescindir de la iluminación artificial y aferrar por el brazo al primer transeúnte? ¿Es que acaso nos trasciende el mismo hombre? ¿Es que no podemos reconocerlo a él ni aún en nosotros?

La pesquisa de Diógenes es en el fondo un acto de talante agresivo, que consiste en decir a la cara de cada hombre que no es nunca el que es. Es la denuncia de una carencia fundamental cuyo origen se encuentra en la posesión interior de una ideal negativo reconocido como lo esencial, y no constatado en ninguna de las experiencias tenidas del hombre. Es un acto de soledad.

Unos siglos después, Nietzsche, ese otro solitario, reproducía una imagen similar al representarnos en un famoso aforismo de la *Gaya ciencia* a un loco que también con una lámpara gritaba al mediodía: "Busco a Dios". Y con ello se constituyó en el pensador que mejor prelude nuestra época, la época de la más acostumbrada soledad. Pero, ¿no fue acaso el mismo Nietzsche quien escribió en alguna parte del *Zaratustra* que la expresión "amamos la vida" sólo tiene sentido por la primera palabra que la conforma?

¿Qué significa que la constatación de nuestra presencia en el amor se encuentre íntimamente ligada a la conciencia de una rotunda soledad? Muestra, en un principio, que nuestra destinación es separarnos de lo corriente y habitual para recobrar la instancia de lo propio. Sin dicha separación seríamos ajenos a nosotros, dado que el reconocimiento de lo que es propio no puede carecer de una reflexión mínimamente distanciadora. Pero con ella, y esa es nuestra más arriesgada aventura, podría llegar a sernos diferente la totalidad de nuestro entorno. Sólo a partir de semejante tensión puede cobrar en sen-

tido duradero la tarea filosófica de intentar estar en todas partes como en la propia casa.

El amor y la soledad no son términos que se contraponen para el filósofo así él tenga que salir diariamente, hasta el final de su vida, a exigir a los hombres la presencia de un hombre, o señale con la lámpara que compite contra la luz del sol, la ausencia de ese algo inefable que nos acomodó a una posición segura y confiada con relación a un orden trascendente.

La tarea de la filosofía en toda época, pero en la nuestra quizá más acusadamente que en ninguna, principia por una desconfianza del sentido común. Parte ella, por tanto, de la confirmación de la alienación de la conciencia por los mecanismos de la opinión pública y la cultura dirigida. Busca el espacio en el que su presencia en la verdad y el amor puedan abrirse camino sin las andaderas de la frivolidad legitimada de nuestro mundo. Y es ésta, en realidad, una tarea en la que no puede sernos extraña la soledad, dado que nuestro andar a través de la oscuridad, esa oscuridad en la que Diógenes insistía con su lámpara a las doce del día, requiere frente altiva y ojos bien abiertos; pero lo más importante, debe ser a cada momento disminuído por la claridad de nuestra presencia, una presencia a la vez adusta y amable. Adusta porque el compromiso es de la mayor seriedad y amable porque es ineluctable el hecho de que nos encontramos ya en el amor.

La soledad del hacedor de la filosofía no ha sido convenientemente comprendida. No consiste en una renuncia premeditada y despreciativa del mundo sino en una puesta en obra de ese ejercicio del alejamiento que es en cierto sentido provisorio pero para el que hay que estar continuamente dispuesto si se quiere procurar la apropiación autoconsciente. Tal ejercicio es él mismo, como digo, un poner en obra; pero al mismo tiempo es el origen de todo poner en obra. Y todo poner en obra sucesivo es un acto de amor.

Así, la soledad del hacedor es el encuentro previo del derrotero que lo llevará a la búsqueda y forjación del sentido idéntico para todos, apurando su plasmación por una tensión dialéctica en la que se subvierte, se desideologiza por dentro toda convención sin hacerla saltar en pedazos a causa de una actuación incomprensible y narcisista. Es decir, aceptándola, pero obligándola, al mismo tiempo, a ir hasta la esencia misma que la hace perdurar como medio del sentido comunitario.

La soledad del hacedor es un compromiso no poco paciente con el sentido. Un sentido ya en buena medida constituído, pero necesitado por igual de apropiación y cambio o, si se quiere mejor, de una permanente labor de reencuentro. La soledad del hacedor de la filosofía es, en suma, ambivalente, ya que exige la búsqueda de lo que pueda pertenecerle a través del alejamiento de lo que aparentemente le pertenece, y que es, sin más, comprensible de suyo para la mayoría de los hombres.

Pues nada más digno de sospecha para el pensamiento autorreflexivo que lo comprensible de suyo, ya que vela, las más de las veces, un sinsentido fácilmente formalizado y estatuido. La actitud filosófica persigue el sentido, si por ventura lo hay, auscultando a través de lo que se ofrece como comprensible de suyo y que puede ser tal por el asentimiento que obliga una conformación ideológica legitimadora. Con ello busca la posible identificación de lo dado con lo racional, es decir, persigue una identificación no trivial, ni embustera, no temerosa de la crítica, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo real y lo ideal; una identificación posible, en última instancia, por el amor, conducida por la profunda sospecha aprendida en su cofa solitaria de que tal cosa no existe cabalmente. Es, así, su tarea solitaria un acto infinito de amor, nunca acabado definitivamente.

Cierto es que nuestro compromiso reflexivo con la vida (que puede ser vivida tranquilamente sin él) puede quebrar esta ambivalencia y forzarnos a reconocer la imposibilidad de la identificación. Con ello nuestra actitud autoconsciente vivenciaría la indeseable soledad del desamor. Ese es un riesgo perenne del filosofar y tiene que ver mucho con el objeto de nuestro amor pensante. Por ello, es tanto más probable el desamor cuanto más lejos se encuentra nuestro entorno vital de lo que a través del ejercicio autoconsciente hemos hallado como propio: el sentido racional.

Pero aunque la soledad del filósofo y del filosofar tienen que ver en ocasiones con el desamor, la condición de la vida reflexionante lleva en sí la separación de lo existente, la negativa a cualquier identificación legitimadora. Tal actitud no debe confundirse con una liquidación definitiva de la perspectiva del amor, pues tan cierto es que la identificación total entre los amantes es imposible como incuestionable el hecho de que el amor es, antes que nada, búsqueda y no era mera toma de posesión.

El filósofo no puede abandonar nunca la perspectiva del amor porque si lo hiciera se liquidaría en su propia esencia. No lo podría hacer ni aun en el caso en que las condiciones exteriores de su vida se tornaran adversas para el libre desarrollo del pensamiento.

Nuestra época ha asistido a la traición de los ideales de la cultura. El pensamiento y la autorreflexión han sufrido en nuestro siglo momentos de ensombrecido letargo a causa de acontecimientos que defraudaron el denuedo de la filosofía por comprender la esencia de la razón humana. Y, sin embargo, en esos momentos de desarraigo de la inteligencia, en los cuales hasta el más optimista se vio sorprendido por la brutal realidad que es nuestra especie, nada impidió que brotara empolvada de los escombros dejados por los bombardeos la dimensión del amor.

Y fue justamente en el momento en que el pensamiento autorreflexivo se vio sacado a empujones de su persecución parismónica tras la verdad, y con-

ducido a una trinchera de resistentes, o al exilio, cuando comprendió intempestivamente, y con una vivacidad poco común, el motivo legendario de su búsqueda. Entonces profirió las palabras: ¡Es obligatorio ser libres!

Ni siquiera el ruinoso devenir de nuestra cultura puede hacer desfallecer nuestro amor inacabable por el sentido y la verdad, ya que ha sido ella misma la que nos lo ha enseñado. Ella misma, que no ha logrado producir el mecanismo real para impedir el curso de la barbarie, y que ha visto los efectos de esta última tan paradójicamente ligados a su descontrolado progreso, al ocultamiento de sus proyectos originarios; que no ha podido más, a este respecto, que pensarse a través de nuestro propio pensamiento como algo animado por un motor oscuro e inexplicable aún para el estado actual del saber. Algún día quizá explicable, para algunos ya comprendido, pero, en cualquier caso, igual en lo que a las amenazas a las que está expuesta nuestra civilización presente nos atañe; ya que, entre una determinación de conocimiento y el logro de una actuación sensata, hay, como sabemos, una brecha indescifrable.

Sé que esta idea es capaz de generar esa oposición que nos es común a todos frente a aquello que posee colores pesimistas. Soy consciente, por otra parte —se lo aprendí mal que bien al educador Schopenhauer—, de que toda filosofía optimista tiene algo de superficial y legitimador. Con todo, pienso que el motivo central por el que me aferro a semejante pensamiento es la convicción de que la tarea de la razón es infinita, que el ideal de una cultura plenamente ilustrada está lejos de ser una vana esperanza, pero que más distante se halla de ser asido como segura realidad. Es por esto que el pensar tiene suficientes fundamentos para no dormir tranquilo por largo rato, de la misma manera como se habrá de desvelar en lentas noches el amante cuando no es amado.

Añadir el insomnio a la soledad no significa en realidad añadirle nada que no le pertenezca. Así de callada como lúcida es la soledad de la autoconsciencia. Ella va hacia el mundo (que no todo él duerme) y vuelve hacia sí. Ella va y viene desde sí, hacia sí. No se separa nunca definitivamente de aquél, no solamente porque no lo puede hacer sino porque al hacerlo quedaría sin tarea vital, sin tarea reflexiva.

Cuando la reflexión actúa, por no decir “vuelve” al mundo, ya que esto suena, al parecer, artificioso, no lo hace de la misma manera que antes, es decir, como cuando simplemente vivía y actuaba (pues se puede, repito, vivir y actuar, simplemente, sin reflexión). Ahora lo hace, en la esfera de los proyectos estrictamente personales, consciente de que nada puede evitar pasar por el examen comprensivo y el severo trabajo de conformar un sentido. Y lo hace también en el ámbito de la cultura viva y de la sociedad sometido a una pulsión racional que le obliga a perseverar en todas aquellas empresas que tienen como fin la creación de un clima que favorezca el des-

envolvimiento del Espíritu, y a impugnar con entereza y atención todos aquellos empeños bajo los cuales, el soterrado enemigo de la barbarie atenta contra la dignidad de los hombres.

Tanto se median una a otra estas dos esferas, que el filósofo, al encarar el plan de su compromiso personal con el sentido y la verdad, se encuentra con que la tendencia a la plenificación de éstos dos le mueve necesariamente a abandonar la soledad de su recinto y a buscar, en un acto de amor, el espacio abierto de los hombres. Es aquí, y sólo aquí donde puede tener algún objeto su amabilidad, pero también, forzoso nos es reconocerlo, puede ser éste el lugar ilimitado donde padezca el desamor. Una carencia de amor nunca asumida con resignación, sino en permanente inquietud a causa de esa terca actitud que nos impide decir que la creencia en un mundo racional es ilusoria.

Este desamor es un riesgo que se corre en el desempeño de nuestra tarea pensante y tanto más cuanto tenemos que ejercerla en un ambiente que no se destaca por ofrecer las condiciones de la identificación autoconsciente con el proyecto de una cultura, que no ha labrado con propiedad a través de su historia ese lecho que facilita la empatía espiritual necesaria para sentirnos en el hogar.

Debe saberse que ese riesgo acompañará nuestra labor y que ha sido asumido de forma tan consciente que es tanto o más inevitable que el hecho mismo que lo suscita; a saber: el estar ahora aquí, en una parte de la tierra en la cual un elevado porcentaje de sus habitantes no puede escribir la palabra filosofía.

Nuestro oficio no consiste, por cierto, en tratar que sepan hacerlo, pues cosas más útiles hay todavía para ellos, cosas en verdad primordialmente útiles. Y no lo digo de este modo porque la filosofía no lo sea, sino porque ella no puede ser considerada sin más al lado de aquello que es fundamentalmente útil y cuya realidad se halla justificada en el hecho de estar referido siempre a algo en calidad de medio instrumental.

Esto no significa, de ninguna manera, repito, que la filosofía carezca de utilidad. Por gracia es constitutivo de la esencia del pensar reflexivo el saberse tan lejos del criterio común y primordial de la utilidad que no choca a su mismo saber el reconocimiento de la relación de sus proyectos con la mayoría de los proyectos humanos, en términos que no son propiamente instrumentales.

La filosofía no presta nunca servicios comparables a los de lo primordialmente útil. Escapa a las dimensiones de sus diferentes perspectivas la consideración del saber como un instrumento y esto es así por la simple razón de no tener ella nada que ver con una actitud semejante.

No compite la filosofía, efectivamente, con el pensamiento instrumental por consistir su actitud en algo completamente distinto, que no contrario, a él. Esta especie de desinterés por la dimensión instrumental, este descuido de la utilidad y el beneficio han hecho a la filosofía merecedora de un puesto cada vez más marginal en el desarrollo de la moderna cultura productiva.

La concepción inmediata de la finalidad ha desconocido, empero, la peculiar función de nuestra ociosa labor y, por lo mismo, ha ignorado la alteración que han sufrido, debido a nosotros, los criterios comunes de la utilidad.

La filosofía, junto a las demás disciplinas teóricas y artísticas, tiene que dirigir todos sus lances hacia la ampliación del universo de la cultura y la formación cultural. Es ésta, en realidad, una inversión que no rinde utilidades inmediatas. Ni siquiera es de esperar que en nuestro medio lo haga a un mediano plazo. Se trata de una tarea larga, de un compromiso de entrega personal en el que estamos casi convencidos de que muchas generaciones nos seguirán antes de poderse sentir el verdadero "beneficio" de vivir bajo la configuración colectiva de lo que Hegel llamó una "Substancia ética universal".

Nuestra tarea no es, pues, por lo menos exclusivamente, la de alfabetizar. Es, incluso, más ardua, Consiste en subordinar todo, "poner en obra personal" al despliegue del ambiente colectivo de la cultura. Con ello nuestra vida debe estar encaminada al enriquecimiento de ésta, por medio de un trabajo incansable mediante el cual tenemos que recordar en qué se ha basado el devenir histórico de la autoconsciencia universal. Así, nuestra memoria al servicio de la educación de los hombres y de nosotros mismos se verá inclinada a repetir diariamente que no conocer los logros y las frustraciones de la civilización de cuyo seno brotó el alma de la autorreflexión, que no disponernos para el reconocimiento de nuestra inserción en ese medio universal del Espíritu, es estrechar la mirada a un pequeño pedazo de tierra, es desconocernos en nuestra propia esencia, es no ser lo que somos. He ahí la razón por la cual la filosofía se encuentra tan alejada de lo primariamente útil, pero, al mismo tiempo, el sentido de su segura finalidad y de su ocupación sin límite.

Comprometerse con semejante labor autoformadora es y ha sido peligroso en todas las geografías y épocas, pero en medios como el nuestro lo es de una forma particularmente marcada. Tal compromiso significa vivir al lado del peor de los peligros: el desamor, la muerte del alma. Un desamor más probable cuanto menos favorecen las circunstancias de nuestro mundo la libre ejercitación del pensamiento, cuanto más diferente y excluyente se torna la condición que imponemos a los hombres para relacionarnos con ellos: que cada cual se conozca a sí mismo y se esfuerce por vivir como el que es, no alejado inconmesurablemente de su núcleo racional.

Pero si la base de nuestra situación real no permite crear, ni tiene gente que se preocupe por crear el medio vital —tan vital como el agua para un pez—, en el que se tiene que realizar la autoformación de los hombres, entonces podremos afirmar que lo que al principio nos parecía una peligrosa aventura puede llegar a ser una desventura sin remedio.

Hemos llegado a pensar así de nuestro ambiente cultural, y hemos llegado, incluso, a sospechar que son las mismas razones que han agravado en él nuestro riesgo de desamor las que nos han inspirado nuestra exagerada inseguridad para sostener la “certeza en un mundo racional”.

Tal inseguridad, vuelvo a decir, tiene que ver directamente con nosotros y nuestra realidad, y no es más que la consecuencia última de nuestra desconfianza en nosotros mismos.

Con frecuencia oímos decir que un país pobre como el nuestro necesita más ingenieros de minas que filósofos. Y es eso verdad; por fortuna la filosofía sabe desde hace mucho tiempo cuál es su posición frente a lo primordialmente necesario y cuál su propia esfera de utilidad. Por eso, frente a la idea según la cual un país pobre no necesita la filosofía sólo se puede pensar que es ésta, justamente, la más elocuente indicación de su pobreza.

Fundar la indigencia espiritual en la estrechez material y deducirla como consecuencia de ésta es acostumbrarse a una lógica de corta mira que se halla entrampada en el sentido común y que no es capaz de penetrar en la compleja relación en la que se encuentran nuestra falta de formación universal y nuestra pobreza.

Un país sin pública, abierta, es decir, libre y racional educación será un país confinado a vivir a la zaga del desarrollo ajeno. Y al mismo tiempo, un país ya en muchos respectos obligado por imponentes circunstancias a la condición del mal desarrollo tiene que reflejar, necesariamente, dicha situación en la manera como se encuentra organizado su desprovisto sistema educativo. De nosotros, impulsores de una autoformación universal, depende, en buena medida, que se rompa ese círculo vicioso. Mientras más seamos los cualificados para tal empresa, mejor. Más difícil será para los torpes irreflexivos vencer las obras del amor.

Ahora bien, ésta, nuestra pobreza de espíritu (a la que no debemos habituarnos nunca, hay que ver lo que es un ser humano habituado a la pobreza), puede llegar a ser miserabilismo cuando se nos insta, como filósofos, a centrarnos en nuestra propia y exclusiva identidad como lo hacen algunos representantes de la así llamada “filosofía latinoamericana”. Como si la identidad recayera sobre la mera particularidad cuando es, en realidad, el difícil camino de retorno a lo particular a través de la paciente interiorización de lo universal.

Y no me refiero aquí, obviamente, al uso del epíteto "latinoamericano". Porque si yo soy filósofo y resulta que soy latinoamericano pues lo más elemental es que sea un "filósofo latinoamericano". Sobre este asunto nada se discute ni puede dar origen a un falso problema. Me dirijo más bien a esa concepción del pensamiento que, acosada por una, sin lugar a dudas, sana búsqueda de identidad cultural, mira acomplejada los alimenticios frutos de la cultura universal y se lamenta por no tener el suyo propio.

Basta saber, a este respecto, que no es suficiente querer hacer algo para hacerlo, sobre todo cuando este querer se regodea en su ignorancia o en su riqueza bruta, pero por ello mismo amorfa, y se complace en verse ajeno a un despliegue del espíritu universal que nos toca muy de lleno, tal como nos lo ha enseñado nuestro trabajo intelectual.

Tan largo es aún el camino en el que ya transitamos que hasta el momento no podemos vislumbrar nada más patente que nuestro decisivo afecto por las obras de la cultura y nuestra conciencia de formar parte de ella. Aquellas suenan todavía abstractas para la mayor parte de nuestros educadores. Estamos, en verdad, al principio; muy distantes de una verdadera concreción. Más nos vale no detener nuestro andar ni llevarlo a las preocupaciones de una subespecie si queremos que nuestro amor consolide la esperanza de ver alguna vez diversamente concretada, en la obra de nuestro ámbito cultural, el proyecto infinito de la ilustración universal.

Yo pregunto:

¿Se puede llegar a ser cabalmente latinoamericano (no filósofos sino, incluso latinoamericano, así, sin más) sin poner nuestro empeño educativo en dejar de ser ajenos al universo?

Cada latinoamericano es una especie de "colono". Piensa que al nacer es el primero y al morir el único. Está enseñado a enfrentar el mundo desconociendo el anterior trabajo de la cultura. Entiende la ley como extraordinaria abstracción. Actúa con soberbia infundada pensando en su exclusivo provecho y bajo la protección de una desordenada voluntad de autosuficiencia. Y con ello agrava irremediabilmente su condición porque la ignorancia del pasado y la despreocupación olímpica por las futuras consecuencias de su actuar teminarán convirtiendo nuestro pedazo de planeta en un desierto.

En pocas partes suena más abstracto el lenguaje de la filosofía como en países parecidos al nuestro. Pero en pocas partes es más necesaria nuestra actividad como aquí. Todos nuestros esfuerzos deben tener como piso la idea de que nuestro desarrollo cultural no puede ser ajeno al despliegue de la cultura universal, de la misma forma como nuestro amor de difícil satisfacción, es decir, nuestra soledad, no puede dejar de residir ya en la realidad generalizada del amor; y tienen que estar encaminados a la recreación y

creación de la obra de la cultura. Si no hubo reconocimiento por parte de lo amado a nuestro desvelado interés educativo, si nos pareció que lo enseñado fue siempre abstracto y lejano, letra sin espíritu, estaremos tranquilos de saber que éste no fue nunca un motivo para arredrarnos.

El futuro será la recompensa de nuestro ímpetu amoroso. No porque la busquemos, sino porque aseguramos desde ahora que la totalidad de nuestra actividad ayudará a la conformación de una memoria secreta, gracias a la cual los hombres que nos siguen no olvidarán nunca que si la vida humana no tiene un sentido, por lo menos lo posee ya el hecho de buscarlo. Es esta búsqueda nuestra inevitable persistencia en él. Ella es, en definitiva, la que nos impide tolerar la ausencia de confirmación a nuestro amor. Constituye ella nuestra situación de amantes solitarios pero nunca resignados a la soledad.

La generación de colombianos de la que yo formo parte tiene que agradecer el camino horado por las anteriores y especialmente por la de ese grupo de intelectuales que nos ha habituado a buscar nuestra identidad mediante el estudio de los más elevados productos de la reflexión occidental. Debe agradecer también que no le ha tocado vivir la guerra que vivieron nuestros padres y maestros y entender, además, que esa sombra de una nueva violencia, que cubre ya una parte importante de nuestro país, es producida por un monstruo sin cabeza, pero sí con estómago, y, por cierto, vacío.

Nada bueno, que se sepa, ha salido de una cabeza inculta. Verdaderas pesadillas ha conocido la historia humana de lo ejecutado por estómagos vacíos agrupados. Ninguno de nosotros, por privilegiado que se encuentre (todo privilegio es una relación y un accidente) puede estar vuelto de espaldas al compromiso difícil de mejorar las condiciones de la vida pública. La guerra o el terror del Estado serían embates demasiado fuertes para nuestra joven y por ello tierna relación con el vivo producto de la ilustración universal.

Ha de saberse que la violencia nunca ha mejorado la existencia del hombre y que es más verdadero hoy que nunca el célebre aforismo en el cual se dice que todos los intentos de hacer por la fuerza de la tierra un paraíso han convertido la tierra en un infierno.

Nosotros, y los que se están formando junto a nosotros, debemos preparar las condiciones reales que harán posible la superación del comportamiento individualista y maleducado del aguerrido "colono", para intentar ocupar un lugar que nos pertenezca en el espacio del espíritu universal, o sea, el lugar, aquí, en el que ese espíritu universal nos pertenece. Nuestro propio lugar.

Y ese lugar tiene que ser aquí, en este ambiente de irreductibles antinomias, porque no ha sido otro el sitio donde hemos comprendido que esa

forma de vivir que llamamos filosofía es primordial, tan primordial como el amor. Porque es aquí donde hemos decidido construir nuestra propia casa o vivir sin ella pero nunca sin pensamiento. Ese es nuestro destino. Por eso seguirá siendo cierto por mucho tiempo lo que ya dije: se vive más fácil sin filosofía.